

la ciudad los partidarios de los romanos. Las fuerzas de Eumeno y los aqueos continuaban ocupando á Salgamea, y algunos soldados romanos, que habían penetrado en su fuerte sobre el Euripo, lo rodeaban de nuevos trabajos para defenderlo. Los aqueos y los soldados de Eumeno se rindieron primero y salieron de la plaza con la condición de que podrían retirarse sin que les molestasen. Los romanos resistieron más; pero rodeados por mar y tierra y viendo acercar las máquinas y aparatos de sitio, cedieron también. Dueño de la capital de la Eubea, recibió la sumisión de las demás ciudades, alentándole aquel afortunado principio que ponía en su poder aquella isla tan grande y aquellas ciudades tan importantes.

FIN DEL LIBRO XXXV.

LIBRO XXXVI.

SUMARIO.

El cónsul Manio Acilio Glabrión, secundado por Filippo, derrota á Antioco en las Termópilas, le arroja de Grecia y reduce á los etolios.—El cónsul Publio Escipión Nasica dedica el templo de la madre de los dioses, que él mismo había trasladado al monte Palatino, después de declararle el Senado el ciudadano más virtuoso de la república.—Derrota á los boyos en batalla campal, recibe su sumisión y triunfa de ellos.—Diversas ventajas obtenidas por las flotas romanas sobre los generales de Antioco.

En cuanto tomaron posesión del cargo los cónsules P. Cornelio Escipión, hijo de Cneo, y M. Acilio Glabrión, antes de tratar de sus provincias, recibieron orden del Senado de ofrecer á los dioses víctimas mayores en todos los templos donde ordinariamente se celebraba el lectisternio la mayor parte del año, pidiendo que la nueva guerra que se había decretado redundase en utilidad y gloria del Senado y pueblo romano. Todos los sacrificios tuvieron excelente resultado; las primeras víctimas auguraron á la república el favor de los dioses; y los arúspices anunciaron que aquella guerra debía ensanchar los límites del imperio, y prometía á los romanos victorias y triunfos. Habiendo desterrado todos los escrúpulos religiosos esta declaración, el Senado mandó dirigir al pueblo la pregunta acostumbrada:

¿Mandaba que se emprendiese la guerra contra el rey Antioco y cuantos le seguían? Si la proposición se aceptaba y lo creían conveniente los cónsules, debían someterla á la decisión del Senado. P. Cornelio hizo la proposición al pueblo. En seguida invitó el Senado á los dos cónsules á que sortearan las provincias de Italia y de Grecia. Aquel á quien tocara la Grecia debía reunir á los soldados que L. Quincio había levantado en Roma, ó exigido de los aliados con autorización del Senado, el ejército que, en virtud de un *senatus-consulto*, había llevado á Macedonia el año anterior el pretor M. Bebio. Permitíasele además, en caso necesario, levantar fuera de Italia, entre los aliados, un cuerpo auxiliar que no excediese de cinco mil hombres. L. Quincio, uno de los cónsules salientes, sería su legado durante esta guerra. El otro cónsul, cuya provincia sería Italia, tenía orden de marchar contra los boyos, con uno de los ejércitos consulares del año anterior, á su elección, y de enviar el otro á Roma, donde formaría las cohortes urbanas, quedando á disposición del Senado.

Tomadas estas disposiciones por el Senado relativamente á las dos provincias, las sortearon los cónsules, obteniendo Acilio la Grecia y Cornelio la Italia. Después del sorteo se dió un *senatus-consulto*, diciendo «que estando declarada la guerra por el pueblo romano, los cónsules mandaban hacer rogativas por el buen éxito de la empresa, y que el cónsul M. Acilio haría voto de ofrecer los grandes juegos á Júpiter y presentar ofrendas en todos los altares.» Este voto, cuya fórmula dictó el pontífice máximo P. Licinio, lo pronunció el cónsul en estos términos: «Si la guerra decretada contra el rey Antioco termina según el deseo del Senado y del pueblo romano, entonces, ¡oh Júpiter! el pueblo romano celebrará en tu honor los grandes juegos durante diez días consecutivos, y se ofrecerán dones en todos

los altares con las cantidades que para ello designe el Senado. Quien quiera que sea el magistrado que presida estos juegos, sea el que quiera el tiempo y el lugar de su celebración, se celebrarán regularmente y regularmente se ofrecerán los dones.» En seguida mandaron los cónsules dos días de rogativas. Inmediatamente después del sorteo de las provincias consulares, sortearon también las suyas los pretores: M. Junio Bruto obtuvo la jurisdicción urbana y la de los extranjeros; A. Cornelio Mamula, el Brucio; M. Emilio Lépido, la Sicilia; L. Oppio Salinátor, el mando de la flota, y L. Emilio Paulo, la España ulterior. Los ejércitos se repartieron de esta manera: A. Cornelio recibió los soldados que alistó el año anterior en virtud de un *senatus-consulto* el cónsul L. Quincio, recibiendo orden de guardar toda la costa desde Tarento á Brindis. L. Emilio Paulo debía mandar en la España ulterior, además del ejército que iba á recibir del propretor M. Fulvio, tres mil hombres de infantería y trescientos caballos, nuevamente alistados, dos terceras partes entre los aliados del nombre latino y la tercera parte entre los ciudadanos romanos. Igual refuerzo se envió á T. Flaminio, prorrogándole el mando de la España ulterior. M. Emilio Lépido debía recibir de L. Valerio, á quien reemplazaba, su provincia y su ejército; podía conservarla como propretor, si lo consideraba conveniente, dividiendo su gobierno en dos partes, una que se extendería desde Agrigento hasta Paquino, y otra desde Paquino á Tindaria: esta última, que comprendía la costa, era la que debía custodiar L. Valerio con veinte naves largas. El mismo pretor quedó encargado de pedir á los sicilianos doble diezmo de trigo (1), poner en el mar

(1) Estos diezmos los tomaban de las tierras *decumanas* los arrendatarios públicos llamados *decumani*. En las circunstancias en que Roma necesitaba mayor cantidad de trigo, exigía

los convoyes y dirigirlos á Grecia. Igual encargo se dió á L. Oppio relativamente á Cerdeña, con la diferencia de que debía enviar el trigo á Roma y no á Grecia. El pretor C. Livio, que mandaba la flota, recibió orden de estar preparado para pasar á Grecia con treinta naves al primer aviso que recibiese de Atilio. Las naves viejas que estaban en los astilleros deberian quedar carenadas y armadas bajo la inspección del pretor M. Junio, que tomaría las tripulaciones entre los libertos.

Enviáronse al Africa seis legados, tres á Cartago y tres á Numidia para pedir trigos destinados á Grecia; el precio lo pagaría el pueblo romano. De tal manera ocupaban la atención pública los preparativos de esta guerra, que el cónsul P. Cornelio prohibió á todos los senadores, á cuantos tenían voz deliberativa en el Senado y á los magistrados de segundo orden (1) que se alejasen de Roma á más distancia de una jornada y á los senadores en particular que se ausentasen de la ciudad más de cinco á la vez. La actividad que desplegaba el pretor C. Livio para el armamento de la flota, quedó por un momento detenida á consecuencia de dificultades que surgieron con los habitantes de las colonias marítimas. Cuando quisieron obligarles á servir á bordo de las naves, apelaron á los tribunos del pueblo, quienes les enviaron al Senado, declarando éste por unanimidad que las colonias no estaban exceptuadas del servicio naval. Las que reclamaban eran Ostia, Fregenas, Castro Novo, Pirges, Anzio, Terracina, Minturno y Sinuesa. En seguida el cónsul M. Acilio, en virtud de un senatus-consulto, se dirigió al colegio de los faciales para saber «si la declaración de guerra se haría al rey Antio-

á los sicilianos tributarios doble diezmo, siendo el primero gratuito y pagándoles el segundo en dinero.

(1) Magistrados mayores eran los cónsules, censores y pretores; de segundo orden, los ediles, cuestores y tribunos.

co en persona, ó á alguna de sus guarniciones; si se haría también separadamente á los etolios, y si era necesario, antes de declararles la guerra, anunciarles que estaba rota toda sociedad, toda amistad con ellos.» Los faciales contestaron «que ya en la época de la guerra contra Filipo, habían manifestado que era indiferente declararla al rey en persona ó á alguna de sus guarniciones: que la ruptura era asaz evidente, puesto que, á pesar de las intimaciones tantas veces repetidas de sus legados, se les había negado toda clase de reparaciones y satisfacciones; que los etolios se habían declarado ellos mismos la guerra al tomar por la fuerza la ciudad de Demetriadés, aliada de Roma; cuando habían ido á sitiar á Calcis por tierra y mar y cuando habían llamado á Antioco á Europa para que hiciese la guerra al pueblo romano.» Tomadas de esta manera todas las disposiciones, el cónsul M. Acilio ordenó que «todos los soldados que L. Quincio alistó en Roma ó cuyo contingente pidió á los aliados del nombre latino, como aquellos que debían seguirle á su provincia, así como también los tribunos militares de las legiones primera y tercera se encontrasen en Brindis en los idus de Mayo.» El cónsul salió de la ciudad en traje de guerra el día quinto de las nonas del mes. Al mismo tiempo partieron los pretores para sus provincias.

Por esta misma época llegaron á Roma legados de Filipo, rey de Macedonia, y de Ptolomeo, rey de Egipto, ofreciendo tropas, dinero y trigo para aquella guerra. Ptolomeo enviaba mil libras de oro (1) y veinte mil de plata (2); pero no se aceptó nada, dando las gracias á los reyes, que se ofrecían á pasar á la Etolia con todas sus fuerzas y á tomar parte en la guerra: á Ptolomeo

(1) Cerca de ciento noventa kilogramos.

(2) Quince mil seiscientos veinticinco kilogramos.

meo lo dispensaron de ello; pero contestaron á los legados de Filipo que el Senado y el pueblo romano agradecerían á su señor lo que hiciese por secundar al cónsul Manio Acilio. Por el mismo motivo fueron á Roma legados de Cartago y del rey Masinissa. Los cartagineses ofrecían enviar mil modios de trigo y quinientos mil de cebada al ejército, y la mitad de esta cantidad á Roma, rogando al Senado que aceptasen el ofrecimiento; iban á armar una flota á sus expensas, y el tributo que debían pagar á plazos en muchos años, lo pagarían al contado y por completo. Masinissa ofrecía quinientos mil modios de trigo y trescientos mil de cebada para el ejército de Grecia; trescientos mil modios de trigo y doscientos cincuenta mil de cebada para Roma, ofreciendo enviar quinientos caballos y veinte elefantes al cónsul M. Acilio. En cuanto á los granos, contestaron á los cartagineses lo mismo que á los númidas, que el pueblo romano solamente los recibiría á condición de pagarlos. Por lo tocante á la flota, se dispensó á los cartagineses de que la armasen, exigiéndoles solamente las naves que debían proporcionar según las condiciones del tratado. También se rehusó recibir ninguna cantidad de dinero antes del vencimiento de los plazos.

Mientras se trataban estas cosas en Roma, Antioco invernaba en Calcis, pero no queriendo permanecer ocioso, enviaba legados á las ciudades griegas para atraérselas, ó recibía sus voluntarias defecciones. Así vió llegar á él los epirotas, que unánimemente habían abrazado su causa, y los eleenos, pueblo del Peloponneso. Los eleenos pedían socorro contra los aqueos, á los que esperaban ver repentinamente bajo las murallas de su ciudad, porque no habían aprobado la declaración de guerra hecha á Antioco. Enviaronles mil hombres de infantería á las órdenes del capitán cretense Eufanes. La legación de los epirotas no revelaba franqueza

ni sinceridad, queriendo hacer méritos ante el rey aunque sin ofender á los romanos. Venían á rogar «que no les comprometiese ligeramente en una lucha en la que su posición en frente de Italia y delante de Grecia atraería sobre ellos el primer choque de los romanos. Pero si le era posible cubrir en persona el Epiro con sus fuerzas de mar y tierra, los epirotas le recibirían gustosos en todas sus ciudades y puertos; en caso contrario, le suplicaban no les expusiese sin defensa y sin armas á la cólera de los romanos.» La razón de esta embajada era especialmente que, en el caso de que el rey se abstuviese de pasar al Epiro, conservar intacta su posición con los romanos, y atraerse á la vez el favor del rey presentándose como dispuestos á servirle; ó bien, si ocupaba su país, reservarse todavía la esperanza del perdón del Senado, diciendo que, aguardando sus socorros, demasiado lejanos, habían sucumbido á las fuerzas de un enemigo presente. No sabiendo qué responder en el acto á aquella legación tan ambigua, ofreció Antioco enviar legados á los epirotas para ponerse de acuerdo con ellos en cuanto á sus recíprocos intereses.

Personalmente marchó á la Beocia, cuyo resentimiento con los romanos, como antes dije, tenía por causa aparente el asesinato de Braquilas y la tentativa que hizo Quinceio sobre Coronea para vengar la matanza de los soldados romanos; pero la causa real era la relajación que, desde muchos siglos, se había introducido en las costumbres, en otro tiempo tan severas, de la nación, y la crítica situación de considerable número de ciudadanos que no veían otro recurso para ellos que una revolución. El rey entró en Tebas, rodeado de los beocios principales, que habían salido en tropel á su encuentro, y se presentó en la asamblea general. Allí, aun cuando atacando á la guarnición romana de Delio

y tomando á Calcis, había hecho una declaración de guerra bastante formal y comenzando las hostilidades, habló exactamente lo mismo que había hablado en la primera conferencia en Calcis y por medio de sus legados en la asamblea de los aqueos, pidiendo que se aliasen con él sin declarar la guerra á los romanos. Pero nadie se engañaba acerca de sus propósitos; sin embargo, se dió un decreto cuyo ambiguo lenguaje era favorable al rey y hostil á los romanos. Después de conseguir esta nueva alianza, regresó á Calcis, desde donde escribió á los etolios principales citándoles en Demetriades, para ponerse de acuerdo con ellos acerca del plan de campaña, y en el día señalado marchó por mar á aquella reunión. Llamóse á Aminandro de Athamania á este consejo, admitiéndose también al cartaginés Annibal, á quien no se consultaba desde mucho tiempo. Ocupáronse primeramente de los tesalios, opinando todos que era necesario sondear sus disposiciones, pero se dividieron acerca del modo de ejecutarlo, queriendo unos que se procediese inmediatamente, y observando otros que se encontraban en el rigor del invierno y que era mejor esperar á la primavera; éstos proponían enviarles solamente legados; aquéllos sostenían que era necesario entrar en Tesalia con todas las fuerzas reunidas y someter á los habitantes por el terror, si mostraban vacilaciones.

Hasta entonces había versado la discusión sobre un solo punto; pero cuando se invitó á Annibal á dar su opinión, hizo volver al rey y á todo el consejo al plan general de guerra, diciendo: «Si desde que nos encontramos en Grecia se me hubiese consultado, cuando se ha tratado de la Eubea, de la Acaya y de la Beocia, habría expuesto la misma opinión que voy á exponer hoy relativamente á los tesalios: esta opinión es que los aliados que conviene atraerse á toda costa son Filipo y

los macedonios. Por lo que se refiere á la Eubea, á los beocios y tesalios, ¿quién duda que estos pueblos, siendo tan débiles, dispuestos siempre á adular al primero que se presenta, y no aconsejándose nunca más que del miedo, no obedecerán al terror y pedirán gracia? ¿que al presentarse el primer ejército romano en Grecia no volverán á sus acostumbrados amos, y que no se les acusará de no haber querido, ausentes los romanos, exponerse á tus golpes y caer bajo tu ejército que está presente? Por esta razón es mucho más importante y más ventajoso para nosotros atraernos á Filipo. Porque una vez comprometido en nuestra guerra, no podrá ya separar sus intereses de los nuestros, y pondrá á nuestra disposición fuerzas que, lejos de ser para nosotros débil socorro en la guerra, recientemente han podido sostener por sí solas todo el esfuerzo de los romanos. Añadiré que, con este aliado, ¿quién puede dudar del éxito, cuando los mismos que aseguraron á los romanos su victoria sobre Filipo se volverán ahora contra ellos? Los etolios, que, como es sabido, triunfaron solos de Filipo, se unirán ahora á Filipo para combatir á los romanos; Aminandro y los athamios, que, después de los etolios, desempeñaron el primer papel en aquella guerra, estarán con nosotros. Filipo pudo entonces, sin vuestro apoyo, sostener todo el peso de la guerra: hoy dos monarcas poderosos, al frente de fuerzas del Asia y de Europa, van á atacar á un pueblo solo, que, si en tiempo de nuestros padres (no hablaré de mí ni de los temores que le inspiré en buena y mala fortuna) no pudo resistir á un rey de Epiro, ¿qué hará contra vosotros? Pero tal vez se me dirá: ¿Por qué crees que haya medio de ganar á Filipo? Dos motivos me infunden esta esperanza: en primer lugar la igualdad de intereses, que es la garantía más segura de toda alianza; en seguida vuestras propias afirmaciones. Vuestro legado Thoas, aquí

presente, haciendo valer muchas razones para atraer a Antioco a Grecia, insistió siempre en que Filippo ardía en cólera y se indignaba ante la esclavitud que le habían impuesto bajo el nombre de paz. Ha comparado a este príncipe con un león encadenado ó enjaulado, ardiendo en deseos de romper sus lazos. Si tales son sus disposiciones, rompamos esas cadenas, abramos esa jaula para que dé libre curso á ese furor tanto tiempo contenido, para que estalle contra nuestros comunes enemigos. Tu hijo Seleuco se encuentra en Lisimaquia; que atraviese la Tracia con el ejército que tiene á sus órdenes; que vaya á talar las fronteras de la Macedonia y Filippo, en vez de ayudar á los romanos, correrá á defender sus propios estados. Esta es mi opinión en cuanto á Filippo. Por lo que se refiere al plan general de guerra, tú sabes, Antioco, cuál es mi opinión desde el principio. Si entonces se me hubiese escuchado, los romanos no habrían recibido la noticia de la conquista de Calcis en Eubea, ni de la toma del fuerte del Euripo; no habrían visto ardiendo la Etruria, la Liguria y la Galia cisalpina, y para colmo de terror, al mismo Annibal en el medio de Italia. Ahora opino que reunáis todas vuestras fuerzas de mar y tierra; que hagáis acompañar á vuestra flota naves de transporte cargadas de provisiones; porque si aquí somos pocos para las necesidades de la guerra, somos muchos en proporción de nuestros recursos. Cuando hayáis reunido todas vuestras fuerzas, dividiréis la flota, quedando una parte delante de Corcira para cerrar el paso á los romanos, y marchando la otra á las costas de Italia que da frente á Cerdeña y á África. Tú mismo, con todas las fuerzas de tierra, entrarás por el territorio bulino. Desde allí cubrirás la Grecia, amenazando á los romanos con tu paso á Italia y dispuesto á pasar en caso necesario. Esta es mi opinión; opinión de un hombre que podrá no ser apto para

toda clase de guerras, pero que al menos ha aprendido con sus triunfos y reveses á combatir á los romanos. Para ejecutar este plan os ofrezco mi fidelidad y mi fuerza. Por lo demás, «que los dioses os favorezcan en el partido que creáis mejor!»

Así habló, sobre poco más ó menos, Annibal. Desde luego aplaudieron la prudencia del consejo; pero no lo siguieron, ocupándose solamente en traer del Asia la flota y las tropas. Este encargo lo dió Antioco á Polixenidas. Envió legados á Larisa, para asistir á la asamblea de los tesalios; fijó día á los etolios y al rey de los athamanos para que se reuniesen al ejército en Feras, y en seguida marchó allí con tropas. Esperando á Aminandro y á los etolios, destacó á Filippo Megalopolitano con dos mil seiscientos hombres, para que recogiese las osamentas de los macedonios muertos en Cinnocéfalos, donde se dió la última batalla contra Filippo; bien porque el megalopolitano le sugiriese la idea como objeto de congraciarse con los macedonios y excitar odios contra el rey por haber dejado á sus soldados insepultos; sea que Antioco por efecto de la vanidad, tanto común á los reyes, fómase un proyecto más noble en apariencia que útil en realidad. En una sola tumba quedaron reunidas todas aquellas osamentas dispersas, y demostración estéril, que sin agradar á los macedonios, produjo á Filippo profundo disgusto. Así fué que este rey, que hasta entonces estaba resuelto á tomar consejo de la fortuna, se apresuró á enviar á decir al pretor M. Bebio: «Que Antioco había penetrado en Tesalia; que si el general romano consideraba conveniente dejar sus cuarteles de invierno, iría á su encuentro para ponerse de acuerdo con él acerca de las operaciones.»

Ya había acampado Antioco delante de Feras, donde se había reunido con los etolios y Aminandro, cuando llegaron legados de Larisa para preguntarle con qué

acto de hostilidad ó con qué ofensa habían provocado su cólera los tesalios, y para rogarle que retirase su ejército y les diese á conocer, por medio de legados, los motivos de su queja. Al mismo tiempo enviaron quinientos hombres, á las órdenes de Hipoloco, á reforzar la guarnición de Feras; pero encontrando cerrados todos los pasos y ocupados todos los caminos por los soldados del rey, el refuerzo se retiró hacia Scotusa. Antioco contestó con dulzura á los legados de Larisa «que no había entrado en Tesalia con intenciones hostiles, sino para defender y consolidar la libertad de los tesalios.» Iguales seguridades dió á los habitantes de Feras por medio de un mensajero. Sin dar contestación ninguna, la ciudad envió al rey á Pausanias, su personaje más notable. La causa era igual á la de Calcis; Pausanias expuso iguales razones que alegaron los calcidios en su favor en la conferencia del Euripo y empleó el mismo tono altivo. El rey invitó á los fereos á meditar despacio; á no tomar un partido que, por exceso de previsión y precaución para lo venidero, les expusiese á pronto arrepentimiento, y despidió al legado. A pesar de esta respuesta, los habitantes de Feras no vacilaron por un momento en permanecer fieles á los romanos, cualesquiera que fuesen los resultados. En consecuencia de esto, se prepararon á hacer toda clase de esfuerzos para defender su ciudad, mientras que á su vez el rey la atacaba por todas partes á la vez; porque comprendía, y de ello no podía dudarse, que de su primera empresa dependía el desprecio ó el temor que sus armas habían de inspirar á toda la Tesalia: por consiguiente, hizo cuanto pudo por aterrar á los sitiados. Estos resistieron el primer asalto con bastante valor; pero cuando vieron á sus defensores caer en montón muertos ó heridos, comenzó á faltarles energía. Reanimados por las reconvenciones de sus jefes, y resueltos á luchar

hasta el fin, abandonaron el recinto exterior de las murallas, porque no tenían bastantes fuerzas, y se retiraron á la parte interior de la ciudad, cuya extensión era menos considerable. Vencidos al fin por la magnitud de su desgracia, y temiendo no conseguir perdón del vencedor, si tomaba por asalto la ciudad, se rindieron. No perdió el rey un momento para aprovechar la impresión de terror que debía producir su primer triunfo, y destacó cuatro mil hombres hacia Scotusa. Esta ciudad no hizo esperar su rendición; tenía á la vista el ejemplo de Feras, que, después de resistir tenazmente la rendición, había tenido que ceder por necesidad. Con la ciudad se rindieron Hipoloco y la guarnición larisiana, respetando el rey su vida y poniéndolos en libertad, con la esperanza de que aquel acto de clemencia contribuiría mucho á atraerle los ánimos de los larisianos.

A contar desde su llegada delante de Feras, en diez días había realizado el rey las dos conquistas. En seguida se dirigió á Cranón con todo su ejército y se apoderó de la ciudad sin combatir. Después se apoderó de Cypera, Metrópolis y de las fortalezas inmediatas, cayendo en su poder muy pronto todo el país, exceptuando Atrax y Gyrtón. Entonces decidió atacar á Larisa, persuadido de que el terror causado por sus recientes conquistas y su clemencia con la guarnición que dejó en libertad, ó bien el ejemplo de tantas sumisiones voluntarias, decidirían á los habitantes á no oponerle tenaz resistencia. Queriendo desplegar aparato muy amenazador, colocó delante los elefantes y avanzó en columna cerrada contra la ciudad, con objeto de producir inseguridad y vacilaciones entre la mayor parte de los larisanos, que de esta manera se encontraban colocados entre el temor de un enemigo delante de las puertas y la vergüenza de abandonar aliados ausentes. Por el mismo tiempo, Aminandro, al frente de los

jóvenes athamanos, se apoderó de Pelineo, mientras que Menipo con tres mil hombres de infantería etolia y doscientos caballos penetraba en la Perrebia, se apoderaba de Malea y de Cyrecias y talaba el territorio tripolitano. Después de estas rápidas expediciones, los dos se reunieron con Antioco delante de Larisa, encontrándose ocupado en deliberar acerca de la conducta que debía observarse con aquella ciudad. Las opiniones estaban divididas: querían unos que se emplease la fuerza y que, sin perder momento, se comenzasen los trabajos de sitio, y se hiciesen jugar las máquinas contra una ciudad situada en campo raso, abierta por todas partes y de fácil acceso: otros objetaban, en tanto las fuerzas de la plaza, muy superiores á las de Feras, en tanto el invierno, estación tan poco á propósito para toda clase de operaciones militares, y menos aún para el sitio y ataque regular de una ciudad. El rey vacilaba entre la esperanza y el temor, pero recobró valor al ver los legados de Farsalia que le traían la sumisión de su ciudad. M. Bebio, que acababa de reunirse con Filipo en la Dasarecia, de acuerdo con él, destacó á Ap. Claudio en socorro de la guarnición de Larisa. Atravesando Claudio la Macedonia á grandes jornadas, llegó á las cumbres de las montañas que dominan á Gonnos, ciudad que dista veinte millas de Larisa y está situada en la garganta misma del desfiladero de Tempe. Allí, con las dimensiones que dió á su campamento demasiado grande para sus tropas, y con el número de hogueras que mandó encender, hizo creer al enemigo, como se proponía, que se encontraban reunidas todas las fuerzas de los romanos y del rey Filipo. Desde aquel momento tomó Antioco por pretexto la proximidad del invierno, y á la mañana siguiente se alejó de Larisa volviendo á Demetriades: los etolios y los athamanos regresaron á su país. Había llenado el objeto de su mi-

sión haciendo levantar el sitio; pero quiso además tranquilizar á los aliados y bajó á Larisa, siendo doble motivo de regocijo para sus habitantes ver á la vez los enemigos fuera de su territorio y dentro de sus murallas una guarnición romana.

Dejando el rey á Demetriades, marchó á Calcis, donde se enamoró de la hija de un vecino de la ciudad, llamado Cleoptolemo. Hostigando al padre los amigos del rey, y después el rey mismo, cedió al fin, á pesar de su repugnancia por una unión tan desproporcionada y consintió el enlace. En el acto, como si se encontrasen en plena paz, celebró el matrimonio el rey; olvidando la importancia de las dos empresas que había querido llevar á la vez, la guerra contra los romanos y la libertad de la Grecia, y abandonando todos los negocios, pasó el resto del invierno en festines, en los placeres que le rodeaban y en el pesado sueño que provocaba la fatiga, más bien que la saciedad. Todos los prefectos que mandaban los cuarteles de invierno en todo el país y principalmente por el lado de Beocia, imitaron estos desórdenes, lanzándose también los soldados á los mismos excesos: dejaron de llevar las armas, de guardar los puestos y hacer centinela, descuidando los trabajos y deberes militares. Así fué que, cuando al comenzar la primavera, marchó el rey por la Fócida á Queronea, punto de reunión de todo el ejército, observó fácilmente que, durante el invierno, los soldados no habían guardado disciplina más severa que su jefe. Encargó al acarnanio Alejandro y al macedonio Menipo que llevasen el ejército á Strato, en Etolia; y él, después de ofrecer en Delfos un sacrificio á Apolo, marchó á Neupacta donde celebró consejo con los notables de la Etolia y marchó por el camino que lleva á Strato, pasando por Calydón y Lysimaquia al encuentro de sus tropas, que llegaban por el golfo Maliaco. Mnasiloco, jefe acar-

nanio que se había captado con grandes regalos, le había ganado todos sus compatriotas, pero también había hecho entrar en sus proyectos al pretor Clito, revestido entonces del poder soberano. Viendo este magistrado que Laucada, capital de la Acarnania, no se dejaría arrastrar fácilmente á la revuelta porque temía la flota romana que estaba á las órdenes de Acilio y la que se encontraba cerca de Cefalonia, recurrió á la astucia declarando en la asamblea general que era necesario defender el interior de la Acarnania, y hacer marchar todas las fuerzas que tenían á Medi6n y Tyrio, para que aquellas dos ciudades no cayesen en poder de Antioco y los etolios: algunos observaron que no era necesario poner todo el país en movimiento y que bastaría un refuerzo de quinientos hombres. En cuanto tuvo aquellas fuerzas á su disposición, colocó en Medi6n trescientos hombres y doscientos en Tyrio, con el propósito de hacerlos caer como rehenes en poder del rey.

Casi al mismo tiempo llegaron á Medi6n legados del rey. La asamblea, después de haberles dado audiencia, deliberó acerca de la contestación que daría al monarca, queriendo unos que se mantuviese la alianza con los romanos, y otros que no se rechazase la amistad del rey. Clito propuso un término medio que prevaleció: consistía éste en enviar legados al rey para que permitiese á los habitantes de Medi6n llevar aquella grave cuestión á la asamblea general de los acarnanios. Mnasiloco y sus partidarios consiguieron que les incluyesen en aquella legación, y mientras sus emisarios iban secretamente á advertir al rey para que se acercase al frente de sus tropas, trabajaban ellos para ganar tiempo. Así fué que, apenas habian salido de la ciudad, cuando se presentó Antioco en el territorio, llegando muy pronto á las puertas de Medi6n; y mientras en medio de la alarma y general confusión, los que no per-

tenecian á la trama llamaban á los jóvenes á las armas. Clyto y Mnasiloco introdujeron al rey en la ciudad. Antioco vió en seguida reunirse en derredor suyo á sus partidarios que acudían apresuradamente, y á los que, á pesar de su voluntad, les arrastraba el temor. Con tranquilizadoras palabras calmó los temores, y la fama de aquel acto de clemencia le ganó muchos pueblos de la Acarnania. De Medi6n marchó á Tyrio, precediéndole Mnasiloco y otros emisarios. Al tener noticia de la conspiración de Medi6n, los habitantes de Tyrio se previnieron y no se intimidaron. Sin vacilaciones contestaron que no ajustarían ninguna alianza nueva sin el consentimiento de los generales romanos, y cerrando las puertas colocaron fuerzas en las murallas. Afortunada casualidad llevó á Leucada á Cn. Octavio, á quien Quincio había enviado para tranquilizar á los acarnanios, y que había recibido algunas naves de A. Postumio, encargado por el legado Atilio (1) de defender Cefalonia. Su llegada devolvió la esperanza á los aliados y les anunció que el c6nsul M. Acilio había pasado el mar al frente de sus legiones, y que el ejército romano acampaba en Tesalia. Esta noticia, que hacía probable el tiempo, favorable ya para la navegaci6n, decidió al rey á dejar guarnici6n en Medi6n y en algunas otras plazas de la Acarnania, á abandonar á Tyrio y por la Etolia y la F6cida regresar á Calcis.

M. Beblio y el rey Filipo, que durante el invierno se habían unido en Dasarecia y enviado á Ap. Claudio á Tesalia, para hacer levantar el sitio de Larisa, no pudiendo emprender nada á causa de la estación, habian entrado de nuevo en sus cuarteles de invierno. Pero en los primeros días de la primavera reunieron sus fuerzas y descendieron á la Tesalia. Encontrábase entonces

(1) Atilio era pretor y mandaba la Macedonia y la flota.